

HAMISH

Y LAS
NUNCA PERSONAS



ILUSTRACIONES
DE JAMIE LITTLER

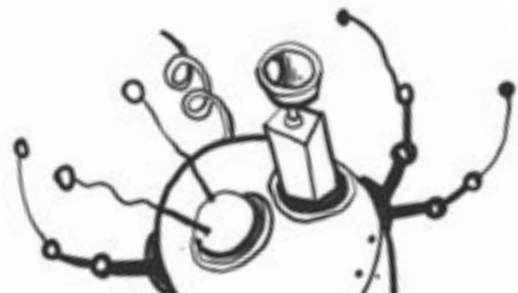
DANNY WALLACE





HAMISH

Y LAS
NUNCA PERSONAS



Para Alfie, Joshua y George,
los canallas Carruthers.
Danny Wallace

Para mi hermano Paul,
el hombre orquesta.
Jamie Littler

Primera edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial y traducción: Xohana Bastida

Diseño editorial: Paul Coomey

Título original: "Hamish and the Neverpeople"

Publicado originalmente en 2016 en el Reino Unido
por Simon & Schuster - www.simonandschuster.co.uk

© del texto: Danny Wallace, Ltd., 2016

© de las ilustraciones: Jamie Littler, 2016

© Ediciones SM, 2016

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

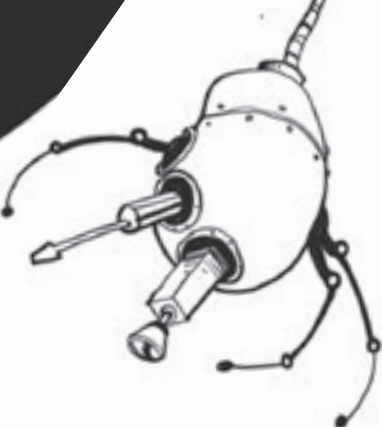
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8495-0

Depósito legal: M-18706-2016

Impreso en la UE / Printed in EU

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



HAMISH

Y LAS
NUNCA PERSONAS

DANNY WALLACE

ILUSTRACIONES
DE JAMIE LITTLER

Traducción
de Xohana Bastida



sm

El Correo de Sta

Jueves 7, 2016 - vol. 8 - número XXX



PARAMUNDOS DERROTADOS EN STARKLEY

¡Hamish es un héroe!

Los Paramundos han desaparecido oficialmente, como ha confirmado el agente de policía Saxon Wix tras echar un buen vistazo.

«Has ido gracias a Hamish Ellerby y los PDF», afirmó el agente Wix.

Los Paramundos (unos monstruos perversos que podían controlar el tiempo y congelar a los habitantes de Starkley y para cometer malas acciones) constituían la mayor ame-

naza para la humanidad desde la invención de los reality shows.

En agradecimiento, Hamish ha recibido un cheque de 10 libras para comprar libros y un vale de barra libre de globos durante 40 segundos, cortesía de la Tienda de Chu-

cherías Internacionales de M. Cuscut (gomitas no induidas).

«Por fin podemos relajarnos», añadió el agente Wix con alivio mientras se ponía su pijama de osito panda.

**MÁS INFORMACIÓN
EN EL INTERIOR**

Starkley

PRECIO: 90 p



NO PUEDE VERSE EL TRASERO

Tras comprarse unos vaqueros nuevos, Gappy Tick, el magnate zapatero de Starkley, afirma no saber cómo le quedan por detrás. «Cadavez que me miro en el espejo, me veo solo por delante. Creo que me lespejo es tárbulo... ¡No veo que reflejo me traero!»

El señor Tick ha pedido asus con ciudadanos que le avisen rápidamente cuando vean su trasero. «De ese modo», afirma, «me daré la vuelta y lo veré yo también».

Noticias y cocina

RAMÓN ERÍAS

Para el bebé que quiere ir a la moda



*Somos especialistas
en boinas de bebé*

GBC

La vida es un sueño
con Vapidia Briceño
En el episodio de hoy:
Vapidia rodea
un charco.
19:30 - Solo en GBC1

**Automóviles
Slackhaw**

¡Coches
a troche
y moche!

¡Nos quita
las vespas
de las ma-

¡Ven
a proba
HO

Enf
del
de las

Jueves 7, 2016 - vol. 8 - número XXX

BELASKO
Fabricantes
de cerillas,
baldosas,
ladrillos,
medicinas,
balones
y de todo
desde
el
Antes.

EL PRIMER MINISTRO NOS VISITA

El Primer Ministro, Ernst Ding-Batt (el mandador de mayor estatura en los últimos 50 años) acudirá a Starkley.

«Soy el mandador más alto de los últimos 50 años», ha declarado a nuestro corresponsal. «Y el único que posee un caniche».

El último famoso que nos visitó fue Johny Bingo, dueño del tractor más pequeño de Gran Bretaña que llegó a Starkley por error en 2004.

VEN UNA MUJER MISTERIOSA

Haec unos días, se vio una mujer misteriosa en el pueblo.

«¡baves tida de blanco», afirma el anciano Gum Babilas. «Pero no parecía un accidente lo que la hacía muy misteriosa».

La noticia ha esallado justo 6 meses después de que se viera un barco extraño llamado HMS CARRAS en los acantilados de Starkley.

«A lo mejor era un amarillero a perdido», aventuró el sr. Babilas antes de topearse con una cebolla.



¡Serás pazguato!

Ay, madre.

¿QUÉ has hecho ahora?

Has abierto este libro y has empezado a leer, ¿no es eso?

Y ya has leído tres frases.

¡Y ahora, cuatro!

Vaya, qué faena.

Deberías parar ahora mismo. Para aguantar lo que viene a continuación, tienes que estar hecho de una pasta especial.

Lo digo en serio. Para.

Porque, vamos a ver, ¿te sientes con fuerzas para enterarte de algo que cambiará tu vida para siempre?

¿Para averiguar uno de los mayores secretos que existen?

¿Para saber algo tan tremendo y tan secreto que este es el único libro del planeta que lo conoce?

¿Aunque saberlo te ponga en PELIGRO?

Porque ahí fuera, en algún lugar del mundo, hay seres que están haciendo planes.

Planes tan ambiciosos, tan perversos y tan arteros que harías mejor en soltar este libro de inmediato y ponerte a hacer lo que sea que te guste hacer en tu tiempo libre. Yo qué sé: lamer gatitos, meterte calcetines en las orejas, apesatar la casa...



Ah, no: no importa quién seas ni cómo te llames. Ni tampoco lo valiente que creas ser. Para leer este libro, debes estar preparado.

En cierta ocasión, un niño razonablemente valiente llamado Turuto Aguijón empezó a leer este libro. Al poco de empezar, se le cayeron los pies. Sus padres tuvieron que reemplazarlos por las ruedas de una silla de despacho vieja, y ahora Turuto Aguijón va rodando por ahí con cara de funeral. Solo se anima durante sus clases de patinaje.

Algo después, una muchacha llamada Guarina Mueca se animó a leerlo. Puede que su libro fuera este mismísimo ejemplar que tienes ahora entre las manos... En fin, la cosa es que, nada más empezar, se quedó lela de asombro. Literalmente. El cerebro se le derritió y ahora solo sabe hablar de cordones de zapatos.

¿De verdad quieres que te ocurra alguna de esas cosas?

Ya sabía yo. A ver, voy a darte la última oportunidad.

Deberías parar de leer EN ESTE PRECISO INSTANTE si no quieres enterarte de que los habitantes de la Tierra tenemos problemas muy muy serios.

Rematadamente serios, vaya.

Venga ya; ¿es que no tienes imaginación? Figúrate unos problemas el doble de serios.

Porque la persona que está trazando esos planes perversos y arteros de los que hablaba antes; esa persona que nos acecha mientras piensa ideas terroríficas; esa persona



que muy bien podría estar ahora mismo delante de tu casa... En fin, esa persona quiere propiciar una catástrofe tan gigantesca que más bien deberíamos llamarla CATASTROFÓN.

Y si continúas leyendo... Entonces, esa persona sabrá que eres exactamente como Hamish Ellerby, del número 13 de la plazoleta Lovelock, en Starkley.

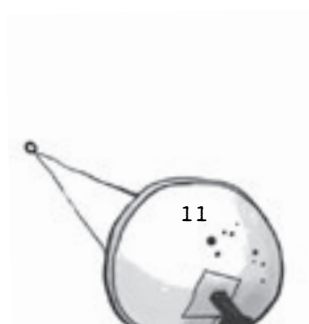
Esa persona sabrá que tú, como Hamish, no te arredras ante ninguna amenaza.

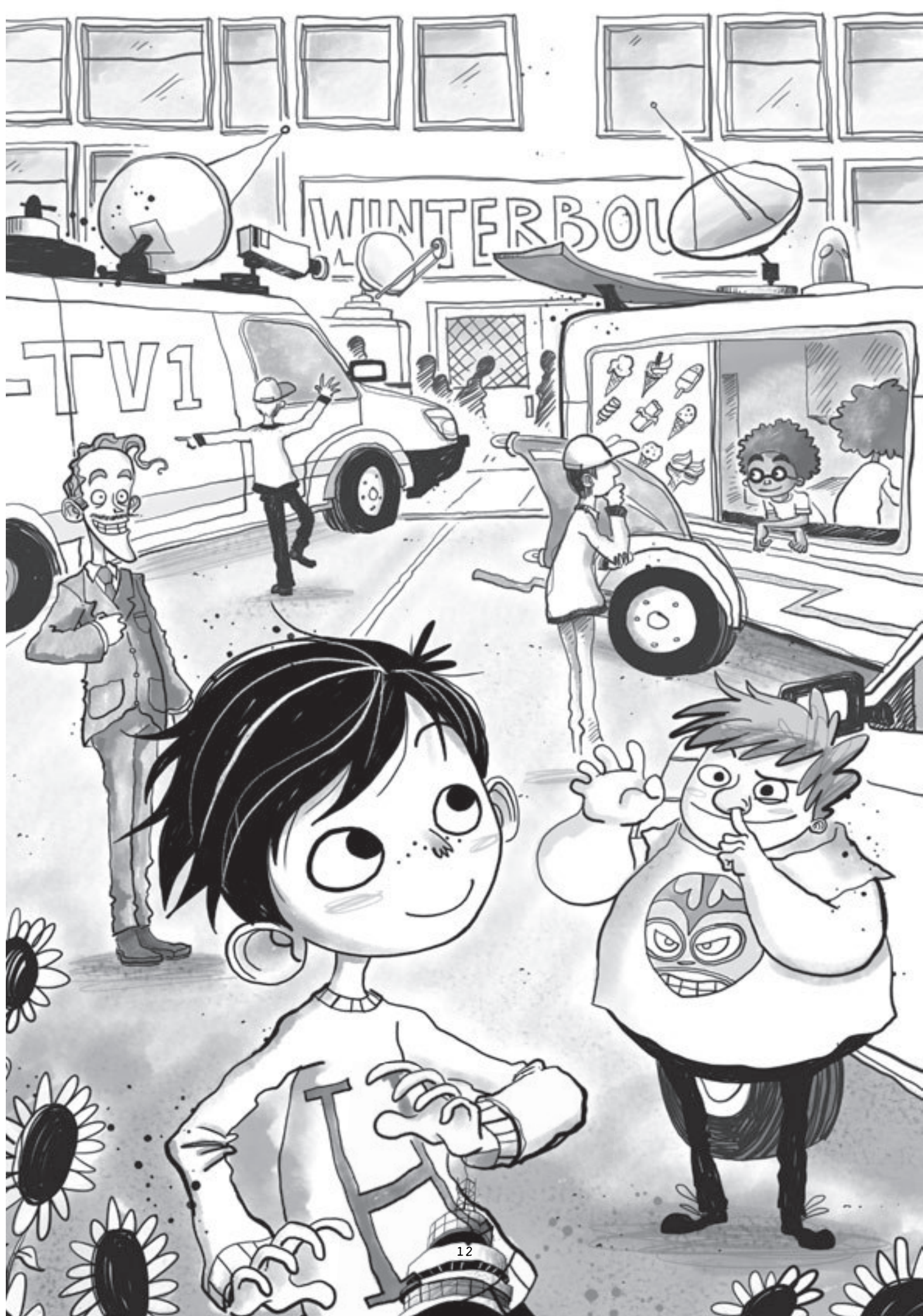
Eso te convierte en alguien peligroso.

De modo que te enfrentas a una decisión.

Puedes volver la página y empezar a descubrir secretos terribles, aun cuando eso pueda hacer que se te caigan los pies.

O cerrar el libro y huir chillando mientras aún puedes hacerlo.







¡Zumbando!

El pueblo de Starkley zumbaba de excitación.

No paraban de llegar unidades móviles de distintas televisiones: furgonetas con antenas parabólicas encima y personas muy ocupadas dentro. Todas se internaban en el pueblo, dejando atrás el enorme y aburrido cartel marrón que daba la bienvenida a Starkley, y aparcaban junto al Colegio Winterbourne.

No era la primera vez que el pueblo aparecía en la tele, por supuesto. Había salido en *Los pueblos más aburridos de Gran Bretaña*.

Y en *Cien sitios que no creemos que visites jamás*.

Y, gracias a la magnífica labor de Hamish Ellerby y sus amigos un par de semanas antes, había llegado incluso a aparecer en *¡Toma ya! Este poblacho insignificante ha salvado el mundo. ¡Sí, en serio!*

Pero lo de hoy era diferente. Hoy, las cámaras de televisión acudían en tromba a Starkley porque el Primer Ministro iba a visitarlo.

Al hacer el anuncio, el Primer Ministro ni siquiera parecía muy seguro de dónde se encontraba Starkley:



—La próxima entrega de *Tengo un cerro de preguntas para usted* se filmará en...

... esto... en Starkley —dijo una noche por la tele—. Que es un... un lugar en el que... en el que hay gente y supongo que también otras cosas. Como, por ejemplo, alguna tienda de comestibles y uno o dos bancos para sentarse, digo yo.

A nadie le había sorprendido que el Primer Ministro supiera tan pocas cosas de Starkley. Hasta aparecer en los titulares de todos los periódicos un par de semanas atrás, ni siquiera los habitantes de Starkley estaban muy seguros de dónde se encontraba su pueblo. Solo sabían que era el lugar en el que tenían sus casas y demás. Ahora, sin embargo, todos estaban bastante orgullosos de su lugar natal.

¿Que por qué? Pues porque, hacía unas semanas, Starkley había sido el epicentro de una catástrofe potencial de dimensiones globales. Unos seres malvados llamados Paramundos habían invadido el pueblo junto a sus secuaces, llamados Terribles. Habían encontrado la forma de hacer que el mundo entero entrara en pausa y habían empezado a secuestrar adultos, a los que convertían en personas gruñonas y malhumoradas. En fin, se habían dedicado a enredar y destrozar todo lo posible con la intención de apoderarse de la Tierra. Afortunadamente para la Tierra, Hamish y sus amigos eran inmunes a la Pausa, y habían organizado una rebelión para detener a aquellos monstruos. Y por eso, el aburrido y tranquilo poblacho de Starkley, en el que na-



die se fijaba nunca, de pronto se convirtió en un lugar mucho más interesante. Y Hamish, junto a los Pausófilos Dispuestos hasta el Fin (los **PDF**), se había convertido en una celebridad local.

Ahora, mientras Hamish caminaba entre las decenas de girasoles que adornaban la plaza del pueblo, todo el mundo se arremolinaba a su alrededor con la esperanza de salir en la tele.

El señor Slackjaw había abrigado las motocicletas que vendía y las había colocado en una reluciente hilera frente a su establecimiento.

Robin, uno de los amigos de Hamish, había pasado toda la mañana hinchando su balón de fútbol a la perfección, porque le horrorizaba salir en la tele con un balón fofo bajo el brazo.

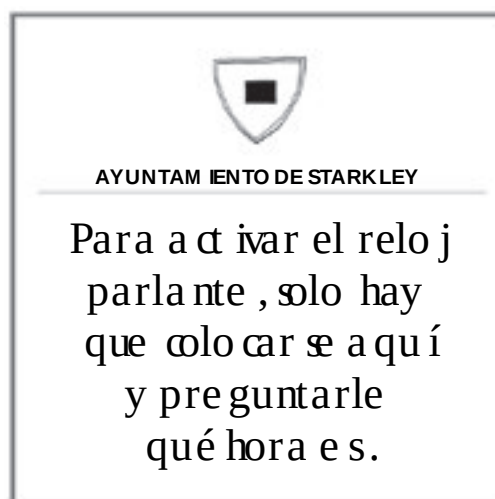
Astrid Carruthers había secado con secador el pelo de su perro, que ahora parecía tres veces más grande.

—¡Buenas tardes, Hamish! —exclamó su profesor, el señor Longblather, esbozando una sonrisa de oreja a oreja por si había alguna cámara cerca. Su bigote relucía de gomina y su corbata estaba perfectamente planchada.

—¡Eh, hola, Hamish! —saludó Grenville Bile, quien, por primera vez en todo el año, se había peinado y hacía todo lo que podía por parecer majete, a pesar del dedo que, como de costumbre, tenía enterrado en la nariz—. ¡Espero que disfrutes de este tiempcito tan estupendo!



Todos los habitantes de Starkley estaban deseosos de causar buena impresión. Incluso se veía en el reloj un cartel que alguien había pegado con celo:



Madame Cuscús se había pasado la mañana entera adornando su Tienda de Chucherías Internacionales. Ahora, el escaparate mostraba una nueva composición llamada «Sabores Acuáticos» (compuesta por unos cuantos caramelos redondos untados con paté de sardinas, algo que todo el mundo encontraba bastante repugnante).

—¡Se supone que son huevos de rana! —chillaba Madame Cuscús a cualquiera que se acercara, meneando su bastón como una posesa—. ¡Y, para que lo sepáis, quedan muy **glamurosos!**

—¡Hamish! —dijo el doctor Fussbundler, el dentista del pueblo, saliendo de la tienda con su ración diaria de Chirimiris de Chocolate—. ¡Debes de estar contento! ¡Menuda fiestecilla se ha montado por tu causa!



Era cierto. El Primer Ministro había pensado que sería buena idea conocer a Hamish Ellerby, aquel chico de diez años sin nada muy destacable salvo el hecho de haber salvado el mundo.

La carta que Hamish había recibido era de lo más elegante...



10, Downing Street,
Whitehall

Querido Hamish Ellerby,
Soy el Primer Ministro.
Te darás cuenta por la letra tan guay
que tengo de que soy muy importante.
Me gustaría agradecer a ti y a tus amigos
que hayáis salvado el país entero
de los Paramundos, etcétera, etcétera.
Tengo intención de visitar Starkley
para grabar un episodio de «Tengo un cerro
de preguntas para usted», y me gustaría
que salieras en el programa.

Jimmy, el hermano mayor de Hamish, decía que él sabía perfectamente por qué el primer Ministro había invitado a Hamish a su programa: para aprovecharse de su buena imagen. «Si no, ¿por qué nunca se le ocurrió venir a Starkley antes?», preguntaba. Jimmy tenía quince años y decía que lo sabía todo «de ese rollo de la política y tal, ¿entiendes?».

Algo más allá, Hamish vio a su amigo Buster. Su madre y él estaban en su furgoneta de helados, sirviendo polos y cornetes a los clientes. Pero antes de que Hamish llegara a su altura, ante él aparecieron dos botas de color rojo cereza que colgaban de un árbol. La dueña de las botas se dejó caer al suelo.

—¡SIEMPRE ALERTA! —gritó Alice adoptando una pose de karateca.

Alice Shepherd era la mejor amiga de Hamish. Era ella quien lo había metido en los **PDF**. Cuando la conoció, llevaba una mecha de color azul vivo en el pelo, pero ahora se la había cambiado y la mecha era de un tono zierúleo.

Cerhúleo.

Zerulio.

En fin, celeste o algo así.

Últimamente, Alice no hacía más que decirle a Hamish que debían estar siempre alerta. Ella, desde luego, lo estaba.

—¿Alerta ante qué? —le preguntaba Hamish.

—¡Ante cualquier cosa! —replicaba ella mirando a su alrededor con inquietud.



Alice tenía los nervios de punta; decía que le daba la impresión de que se avecinaba algo gordo. No comprendía cómo Hamish podía continuar con su vida normal, después de la aventura que habían vivido.

Tras saltar al suelo, Alice se incorporó, sacó un bocata de nueces con pepinillos de su mochila y le dio un mordisco.

—¿Has pensado más sobre mi idea? —le preguntó a Hamish dándole golpecitos en el brazo.

—¿Qué idea? —replicó Hamish con aire inocente, aunque sabía muy bien a qué se refería su amiga.



—¡A la idea sobre **LONDRES!** —se exasperó ella—. Vamos, Hamish, si tú también lo estás deseando... Primero, hablas con una extraña mujer que dice conocer a tu padre, quien sigue desaparecido; luego aparece un pájaro misterioso que lleva en el pico un papel con una dirección escrita... ¿Y no quieres ir allí para ver qué se cuece?

Pues claro que Hamish quería ir. ¿Cómo no iba a querer? Hacía tan solo unos días, estaba allí mismo, en el centro de Starkley, cuando se le había acercado de improviso aquella peculiar mujer. Y por si eso no fuera lo bastante raro, al momento siguiente se había aproximado el mirlo, sosteniendo aquel trocito de cartulina en el que Hamish leyó...



En fin, que había que ser una persona muy rara para que no te dieran ganas de visitar aquella dirección. Sin embargo, Hamish tenía responsabilidades.

—Lo malo, Alice, es que ahora tengo que ayudar los sábados en Automóviles Slackjaw —dijo.

Le gustaba aquel trabajo. El señor Slackjaw siempre estaba contándole cosas interesantes.

Por ejemplo, le había dicho que, cuando Henry Ford vendió el primer coche Ford que había fabricado, les dijo a los



compradores: «Pueden elegirlo del color que quieran, siempre y cuando sea negro».

A Hamish le había hecho mucha gracia aquello. Lo malo es que luego se lo había contado a su madre, y ella había empezado a usar la misma treta: «Puedes cenar lo que te apetezca», le decía, «siempre y cuando sean salchichas con puré».

—Además —continuó Hamish—, Grenville me está dando clases de lucha todos los martes. Y en casa siempre hay algo que hacer, y luego está el colegio y...

Alice le dio un porrazo en la cabeza con el bocadillo.

—¡SIEMPRE ALERTA! —berreó—. Y además, Hamish Ellerby, te estás quedando sin excusas. ¿Sabes lo que creo yo? Que estás muerto de miedo.

—¡Yo no tengo miedo! —protestó Hamish frotándose el chichón que empezaba a salirle en la coronilla.

—Sí que lo tienes. Te da miedo lo que puedas descubrir. Te asusta ir a Londres porque temes lo que podrías averiguar sobre tu padre.

¿Y sabes qué?

Mientras Alice se alejaba muy digna, Hamish se dio cuenta de que su amiga tenía razón.

Hamish llevaba seis meses sin ver a su padre. No lo veía desde el día después de Navidad, cuando se había marchado en su Vauxhall Vectra para comprar helado y patatas fritas... y no había regresado.



Hamish siempre había pensado que los Vauxhall Vectra eran unos coches aburridos, esos típicos vehículos en los que nadie se fija. Pero ahora, cada vez que veía uno, se le aceleraba el corazón.

Aquella era la única pena en la vida de Hamish. Su padre era un tipo estupendo, alto y buenísimo jugando al Boggle. Su desaparición había extrañado a todo el mundo. Hamish había estado un tiempo temiendo que se hubiera hartado de su vida y su familia, y se hubiera largado por eso. Pero la mujer misteriosa que había aparecido en Starkley tras la batalla contra los Terribles le había revelado algunos datos sorprendentes sobre su padre.

Que era un héroe.

Que combatía el mal.

Que sabía cosas peligrosas e importantes, y que había malvados dispuestos a impedir que las difundiera porque él era el único que podía detenerlos.

Y que estaba ayudando a las Nuncapersonas.

Hamish no sabía quiénes eran esos. Qué nombre tan extraño, «Nuncapersonas»... ¿Y por qué tenía que ayudarlos precisamente su padre? Hamish siempre había creído que trabajaba como vendedor, no como agente secreto. Y por si fuera poco, la mujer no había dicho nada sobre lo que más preocupaba a Hamish: cuándo regresaría su padre (si es que iba a regresar).



Y entonces había aparecido el mirlo y le había dado el papel con la dirección.

En su interior, Hamish sabía que la única oportunidad que tenía de volver a ver a su padre era presentarse en el n.º 10 de la calle Arcadian (o, mejor dicho, en la n.ª, como ponía en la tarjeta).

Pero, ahora que su vida había vuelto al fin a la normalidad, le costaba arriesgarse otra vez. Ni siquiera sabía si tenía valor para hacerlo. ¿De verdad quería averiguar la verdad? Porque, como Hamish había aprendido, la verdad podía dar mucho miedo...

Fuera como fuese, en aquel momento no tenía tiempo de pensar más en ello.

Una comitiva de seis limusinas negras acababa de entrar en Starkley, mientras la población entera lanzaba una exclamación de asombro: «¡Ooh!».

El Primer Ministro había llegado.

